

Jueves XXIV del TO
Ciclo B



19 de septiembre de 2024

1Cor 15, 1-11

Sal 117

Lc 7, 36-50

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura se nos ofrece un texto de suma importancia para nuestra fe. Tal vez no nos hayamos dado cuenta antes, pero este es el primer texto del Nuevo Testamento que habla de la resurrección de Cristo. Han de saber que los evangelios aún no se han escrito cuando Pablo está escribiendo a los de Corinto. Por tanto, este es el primer testimonio escrito de la Resurrección de Jesús.

En los dos primeros versículos del texto de hoy se nos dicen cosas muy sugerentes, pero en la que me quiero detener en principio es en un verbo que la liturgia de la misa traduce mal. Leemos en la Palabra que nos ofrece la Liturgia: «Este Evangelio los salvará»; noten que «salvará» está en futuro. Pero el texto en griego no dice eso, pues lo utiliza Pablo en presente; en griego sería estrictamente correcto traducirlo, no «por lo que han sido salvados» (en pasado), ni por «los salvará» (en futuro) sino «**por lo que están siendo salvados**»¹, en presente. Es decir, que la salvación no es como sacar al ser humano de una trampa, de un agujero tenebroso y ponerlo en lugar seguro...y, ya. Creo que el matiz es importante, pues nos da una idea de proceso, de colaboración al plan de salvación, de un dinamismo vivo en cada uno de nosotros. Sí, la redención ya se efectuó de una vez para siempre: Cristo murió y resucitó por todos nosotros y nos ofrece la salvación; pero la salvación del ser humano es un proceso de interiorización, de transformación personal que comienza y nunca termina, ni siquiera en el cielo, porque el contenido de la Salvación es inagotable.

Otras ideas que nos sugieren estos primeros versículos es que a ella, a la salvación, debemos adherirnos tenazmente. Hay muchas cosas en la vida que intentan quitarnos la fe. Cosas que nos suceden a nosotros, o a otros, que tienden a desarticular a interrumpir el proceso dinámico de la transformación en Jesús; la vida tiene sus problemas, que parecen insolubles; la vida tiene sus lugares tenebrosos en los que no se puede hacer más que resistir. La fe es siempre la victoria del alma que mantiene tenazmente su arraigo en Dios. Debemos cuidar nuestro proceso personal. Es algo que no se debe mantener sin orden ni concierto, pues la fe que se desmorona es la que no ha interiorizado, orado, las cosas a fondo y hasta sus últimas consecuencias. Para muchos de nosotros, desgraciadamente, la fe es algo superficial. Tendemos a aceptar las cosas porque nos las dicen, y a adquirirlas de segunda mano, no porque nos preocupemos por vivirlas, por hacerlas nuestras, parte de nuestro propio proceso interior. Ese es el camino de la contemplación al que todo cristiano está llamado.

¹ El verbo en griego está en presente de indicativo pasivo, segunda persona del plural: exactamente: «*estáis siendo salvados*»; en México diríamos: «Este Evangelio por el que ustedes están siendo salvados»

Luego Pablo comienza a hablar de los testigos de la resurrección de Jesús. Y en primer lugar pone a Pedro, como harán más tarde las tradiciones evangélicas de Marcos y Lucas². ¡Qué gran consuelo para nosotros, si lo pensamos bien! Es algo maravilloso el que una de las primeras apariciones del Señor Resucitado fuera al discípulo que le había negado. Aquí está toda la maravilla de la gracia y el amor de Jesucristo. Tal vez nosotros habríamos descartado a Pedro para siempre; pero Jesús no quería más que levantar a su discípulo errático y afirmarle sobre sus pies. Pedro le había fallado a Jesús, y había llorado hasta echar el corazón por sus ojos; y el único deseo de este maravilloso Jesús era consolarle del dolor de su deslealtad. El amor no puede llegar a más que a pensar más en el quebrantamiento del ofensor que en la ofensa recibida.

Luego Pablo, en otros dos versículos, nos dice mucho de cómo es su interior, pues para él lo más importante que le ha sucedido en su vida, es que Jesús se le haya manifestado a él.

Esos versículos nos hablan de su humildad a ultranza. Se consideraba el menor de los apóstoles; había sido agraciado con una misión de la que no era digno. Pablo no habría pretendido nunca ser un hombre que se había hecho a sí mismo. Era por la gracia de Dios por lo que era lo que era. En la siguiente Carta a los Corintios escribirá: « *porque dicen que las cartas son severas y fuertes, mientras que la presencia del cuerpo es pobre y la palabra despreciable* »³: es decir, que parece que era un hombre pequeño y poco agraciado. Puede que los cristianos judíos que querían imponerles la ley a los convertidos del paganismo y que odiaban la doctrina de la gracia declararan que, lejos de ser un nacido de nuevo, Pablo era un aborto. Él, por su parte, era tan consciente de su propia indignidad que no creía que nadie pudiera decir nada de él que fuera exagerado.

Se nos habla, al mismo tiempo, de que era consciente de su propio valer. Se daba cuenta de que había trabajado más que todos los demás. La suya no era una falsa modestia. Pero, sobre todo, no habla de lo que él mismo había hecho, sino de lo que Dios le había capacitado para hacer.

Nos hablan esos versículos, además, de su sentido de equipo. No se consideraba un fenómeno aislado con un mensaje único. Tenía el mismo mensaje que los otros apóstoles. Tenía la grandeza que une más íntimamente a la comunión de la Iglesia. Hay algo que falla en la «grandeza» que aísla a una persona de las demás⁴.

² Mc 16,7; Lc 24,34

³ 2Cor 10,10

⁴ Cfr. WILLIAM BARCLAY. *Comentario al Nuevo Testamento T. IX. 1ª y 2ª Corintios*.